

Nickolas Butler
Canciones de amor
a quemarropa

Traducción de Marta Alcaraz

Primera edición, 2014

Título original: *Shotgun Lovesongs*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Shotgun Lovesongs, Copyright © 2014 by Nickolas Butler

© de la traducción, Marta Alcaraz Burgueño, 2014

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Juliet Pomés, 2014

Fotografía del autor: © Olive Juice Studios, 2013

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-99-5

Depósito legal: B. 14.839-2014

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*Para Regina y Henry y mamá y papá.
Para Swan, que oye las puestas de sol.
Y para Levon Helm (1940-2012).*

Pero levanta el ánimo, muchacho, preferiría que me mataras tú a que cualquier otro me mantuviera vivo.

HERMAN MELVILLE, *Moby Dick*

H

Lo invitamos a todas nuestras bodas; era famoso. Los tarjetones los enviábamos al rascacielos de su compañía discográfica en Nueva York para que le remitieran esos chabacanos sobres dorados mientras él estaba de gira: Beirut, Helsinki o Tokio. Lugares fuera de nuestro modesto alcance, sitios que no alcanzábamos a imaginar siquiera. Él nos enviaba regalos en maltrechas cajas de cartón festoneadas de sellos extranjeros. De regalo de cumpleaños, elegantes corbatas o un perfume para nuestras mujeres; para nuestros hijos, delicados juguetitos o chucherías: sonajeros de Johannesburgo, muñecas rusas de madera de Moscú o patuquitos de seda de Taipéi. Nos llamaba de vez en cuando por una línea llena de ecos e interferencias que al fondo dejaba oír las risas de un coro de jovencitas, y su voz nunca nos parecía tan alegre como esperábamos.

Llegaban a pasar meses antes de que volviéramos a verlo, y entonces aparecía, barbudo y demacrado, con una mirada cansada en la que relucía un alivio feliz. Lee se alegraba de vernos, eso lo notábamos, se alegraba de volver a estar entre nosotros. Siempre le dábamos tiempo para recuperarse antes de volver a hacer vida juntos, sabíamos que necesitaba tiempo para quedarse bien limpio y recobrar el equilibrio. Lo dejábamos dormir

hasta decir basta. Las mujeres le llevaban estofado y lasaña, cuencos de ensalada y tartas recién salidas del horno.

Le gustaba conducir un tractor por sus propiedades, cada vez más extensas. Nosotros imaginábamos que le gustaría sentir el calor del día, el sol y el aire fresco en esa cara tan pálida. La marcha lenta del viejo John Deere, esa máquina fiable y paciente. La tierra que retrocedía a sus espaldas. Tenía sus campos sin cultivar, por descontado, pero él conducía su tractor por praderas de hierba y flores silvestres con un cigarrillo o un porro entre los labios. Siempre sonriente encaramado al tractor; suelto al sol, su pelo rubio recordaba los vilanos de diente de león.

Había adoptado un nombre artístico, pero no lo usábamos nunca. Para nosotros era Leland, o Lee a secas, porque así era como se llamaba. Vivía en una vieja escuela, lejos de todo, lejos del pueblo, a cosa de ocho kilómetros de Little Wing, en pleno campo. Las letras de su buzón rezaban: L SUTTON. Había montado un estudio de grabación en el pequeño gimnasio revisitiéndolo de espuma y moqueta gruesa. De las paredes colgaban discos de platino y fotografías suyas en compañía de actrices y actores famosos, de políticos, de chefs y de escritores. El caminito de grava que llevaba a su casa era largo y estaba lleno de baches, pero ni así lograba detener a algunas de las jovencitas que lo buscaban. Llegaban de todo el mundo. Eran siempre guapísimas.

El éxito de Lee no nos había pillado por sorpresa. Él nunca había desistido, nunca había abandonado la música. Mientras los demás estábamos en la universidad o en el ejército o atrapados en la granja de la familia, él se encerraba en un gallinero destartalado y se ponía a tocar su maltrecha guitarra en ese silencio del crudo invierno que todo lo envuelve. Cantaba en un falsete inquietante, y a veces, junto a la hoguera, entre las traicioneras sombras que proyectaban las llamas, naranjas y negras, y el humo, negro y blanco, te arrancaba una lágrima. De todos nosotros, él era el mejor.

Componía canciones sobre nuestro rincón de mundo: los ubi-
cuos maizales, los bosques de repoblación, las colinas jorobadas
y las hondonadas llenas de surcos. El frío que cortaba como un
cuchillo, los días demasiado cortos, la nieve, la nieve y la nieve.
Sus canciones eran nuestros himnos: eran nuestros megáfonos
y nuestros micrófonos y nuestros versos de *jukebox*. Lo adorá-
bamos; nuestras mujeres lo adoraban. Nos sabíamos la letra de
sus canciones y a veces hasta salíamos en alguna.

Kip iba a casarse en octubre en un granero que había reformado
para la ocasión. Estaba en una granja de caballos cercada con
una alambrada, al lado de un pequeño cementerio rural donde
contar todas y cada una de las tumbas incrustadas de líquenes
y saber cuántos difuntos reposaban bajo ese tupido césped re-
sultaba perfectamente posible; un censo, como quien dice. To-
dos estaban invitados a la boda. Lee incluso había acertado el
tramo australiano de la gira para poder asistir, aunque de todos
los amigos, Kip y Lee no parecían precisamente íntimos. Que
yo supiera, Kip no tenía ni un solo disco de Lee, y siempre que
lo veíamos en coche por el pueblo, no fallaba, iba con un Blue-
tooth alojado en la oreja y moviendo la boca como si todavía
estuviera pisando el parque.

Kip acababa de volver a Wisconsin tras pasar unos nueve años
en Chicago trabajando de corredor de materias primas. Y ahora
parecía que el mundo hubiera vuelto a encogerse de repente.
Llevábamos años, décadas, nuestra vida entera, de hecho, escu-
chando la actualidad agraria en la camioneta, en la sintonía de
onda media. A veces hasta oíamos a Kip durante la emisión, lo
entrevistaban en su despacho de Chicago, esa voz de barítono
tan familiar y segura de sí misma que narraba las fluctuaciones
de unas cifras que decretaban si podríamos permitirnos la or-
todoncia de los niños, las vacaciones de invierno o unas botas
nuevas, y nos contaba cosas que no acabábamos de entender

del todo y que, sin embargo, ya sabíamos. Nuestro futuro lo decidían los informes sobre el precio de la leche y del maíz, del trigo y de la soja, de la panceta de cerdo y del ganado. Lejos de nuestras granjas y nuestras fábricas, Kip se había abierto camino manejando los frutos de nuestro trabajo. Pero lo respetábamos igual. Era inteligentísimo, eso para empezar, los ojos le centelleaban mientras escuchaba con atención nuestras quejas sobre los tratantes de semillas, los pesticidas, el precio de los fertilizantes, la maquinaria y ese tiempo tan traicionero. Llevaba un almanaque del granjero en el bolsillo trasero del pantalón y entendía esa obsesión nuestra con la lluvia. De haberse quedado en el pueblo, habría podido llegar a ser un granjero prodigioso. El almanaque, me contó una vez, había quedado prácticamente obsoleto, pero le gustaba llevarlo encima. «Nostalgia», decía él.

A su regreso, Kip se hizo con la fábrica de piensos del centro del pueblo, la de las ventanas y las puertas selladas con tablones, la construcción más alta del lugar; su silo de seis pisos siempre se había alzado sobre todos nosotros, imponente, proyectando unas sombras que eran el reloj de sol de nuestros días. De muy pequeños, ese era el lugar donde el grano esperaba a viajar en los trenes que pasaban, donde los granjeros compraban el fuel al por mayor, las semillas y los demás suministros, pero a finales de los ochenta, cuando su dueño trataba de venderlo en una época de pocos compradores, el edificio empezó a deteriorarse, y solo fue cuestión de meses que los chicos del instituto empezaran a tirar piedras a las ventanas y a decorar el silo con grafitis. Durante la mayor parte de nuestra vida, la fábrica no había sido más que una ciudadela oscura que, al lado de las vías del tren, se había ido oxidando invadida por los algodoncillos, las ambrosías y los epilobios. Cubría el suelo una gruesa capa de mierda de paloma y de guano de murciélago, y en el viejo sótano había un lago de agua encharcada. En los silos, las ratas y los ratones campaban a sus anchas comiéndose el grano que había quedado por ahí; a veces nos colábamos en el edificio para dispararles con un rifle

del veintidós, y esas balitas rebotaban de vez en cuando contra las altísimas paredes del silo, donde refulgían mientras nosotros escapábamos a la carrera, rosa encendido contra la oscuridad sulfurosa.

A los diez meses, Kip ya tenía buena parte de la fábrica restaurada. Contrató a trabajadores del lugar para la obra, y él se encargó de supervisar todos los detalles: por las mañanas, llegaba a la obra el primero, y no se le caían los anillos cuando hacía falta dar algún martillazo o arrodillarse para alisar el suelo. Nosotros hacíamos cálculos sobre la cantidad de dinero que habría inyectado en el edificio: cientos de miles, sin duda; millones, tal vez.

En la oficina de correos o en el supermercado, hablaba muy emocionado sobre sus planes.

—Todo ese espacio —decía—, piensa en todo ese espacio. Podríamos hacer lo que quisiéramos con tanto espacio. Despachos. Talleres. Restaurantes, pubs, cafés. Una cafetería, eso seguro.

Nosotros nos esforzábamos por acompañarlo en su sueño. De niños, durante un tiempo, la fábrica había sido para nosotros ese lugar donde nuestra madre nos compraba los petos, los calcetines gruesos y los chanclos; allí había flotado el olor a comida para perro y a polvo de maíz y a cuero recién curtido, a la halitosis y la colonia barata de los viejos. Pero esos recuerdos quedaban ya muy lejos.

—¿Crees que la gente va a querer cenar en la vieja fábrica? —le preguntábamos.

—No seas tan cuadrulado, tío —canturreaba él—. Precisamente eso es lo que ha matado el pueblo. Hay que pensar a lo grande.

Al lado de la nueva caja registradora eléctrica estaba la caja original. Kip también la había rescatado. Le gustaba recostarse contra la vieja máquina y apoyar los codos en la superficie bruñida mientras uno de sus empleados atendía a los clientes en la caja nueva. Había instalado cuatro televisores de pantalla

plana cerca de las cajas para poder controlar con facilidad las evoluciones de la bolsa, la meteorología y la actualidad política mientras hablaba entre dientes con sus clientes sin despegar los ojos de las noticias. Había ocasiones en las que ni les miraba a la cara. Pero él había resucitado la vieja fábrica. Los viejos se acercaban hasta allí para dejar sus camionetas oxidadas sobre la gravilla del aparcamiento y beber café oscuro apoyados en el coche en marcha, todavía caliente, mientras hablaban y escupían jugo negro sobre la grava y el polvo. Camioneros, comerciales y cuadrillas de obreros de la construcción. Les gustaba hablar con nosotros, los jóvenes granjeros; hablar conmigo y con los gemelos Giroux, que solían andar por allí burlándose de Kip mientras él miraba fijamente esas flamantes pantallas de plasma y trataba de ignorarnos.

Lee había escrito una canción sobre la vieja fábrica antes de que la restauraran. Esa era la fábrica que recordábamos, la que más real nos parecía, supongo.

Nuestro amigo Ronny Taylor era alcohólico. La bebida había llevado su vida por muy malos derroteros. Una vez, borracho, se desplomó sobre el bordillo delante del local que la asociación de veteranos de guerra tiene en Main Street; se dio un buen golpe en la cabeza y se rompió unos cuantos dientes. Esa noche había armado mucho escándalo, se había puesto agresivo, había estado tonteando con novias y esposas ajenas, había derramado su bebida y lo habían pescado dos veces meando en el callejón de detrás del bar, con la polla al viento mientras silbaba *Raindrops Keep Fallin' on My Head*. Al sheriff Bartman no le había quedado más remedio que detenerlo por embriaguez pública, aunque lo único que quería Bartman, que no tenía nada en contra de Ronny, era que el muchacho durmiera la mona en algún lugar seguro en vez de saltar esa misma noche al volante de una camioneta y acabar dándose de morros contra un roble a ciento quince kiló-

metros por hora. Pero el mal ya estaba hecho. Durante toda la noche, y hasta la mañana siguiente, mientras Ronny se hacía un ovillo en la celda por embriaguez pública, su cerebro sufría una hemorragia interna. Cuando el sheriff lo llevó al hospital de Eau Claire para que lo operaran de urgencias ya era demasiado tarde. El mal ya estaba hecho, y nada podría deshacerlo. Ninguno llegó siquiera a decirlo, pero todos nos preguntábamos si con tanto alcohol en la sangre no habría tenido problemas de coagulación que empeoraran la hemorragia. Ronny nunca volvió a ser el que era; se convirtió en una versión al ralentí de sí mismo. Más alegre, tal vez, aunque también menos atento. Al desconocido que se topara con él por primera vez podría parecerle un pelín lento, aunque también podría encontrarlo completamente normal. Con todo, ese desconocido nunca habría llegado a imaginar al joven que había habitado el cuerpo de Ronny. Las frases no le salían con tanta rapidez como antes, y se repetía con frecuencia. Pero aquello no lo convertía ni en tonto ni en discapacitado, aunque me pregunto si no era así como lo tratábamos de vez en cuando.

Ronny pasó varios meses en el hospital desintoxicándose, y a menudo lo ataban a la cama. Nosotros íbamos a verlo, a cogerlo de la mano, y él se aferraba con saña, con venas que parecían a punto de saltársele de las carnes sudorosas. En sus ojos asomaba un miedo que yo solo he visto en los caballos. Le secábamos la frente tratando de mantenerlo bien amarrado a la tierra.

Nuestras mujeres y nuestros hijos también iban a verlo, y eso le gustaba; le obligaba a moderarse. Los niños llevaban lápices de colores y papel al hospital y le hacían unos amagos de retrato, siempre con colores muy alegres, en los que, junto a su cabeza, aparecía con un sol radiante o un árbol de hojas verdes. A veces, cuando los niños ya se habían ido, encontrábamos a Ronny estrujando los dibujos entre alaridos, aunque otras veces los sujetaba delicadamente, estudiándolos y tocándolos como si fueran artefactos sagrados. Ronny conservó todos esos dibujos y los colgó en su apartamento.

Al cabo de un tiempo consiguió salir del túnel, y nosotros nos encargamos de cuidarlo lo mejor que pudimos, porque era de los nuestros y no tenía familia; cuando todos rondábamos los veintipico, sus padres fallecieron por una intoxicación de monóxido de carbono, estaban en la cabaña del lago Spider, cerca de Birchwood. Ronny era el huérfano de Little Wing.

Había trabajado de jinete de rodeo. A los caballos los trataba con mucha delicadeza, pero con los toros no tenía piedad. Sabía lo que se traía entre manos, y antes del accidente su cuerpo ya había sufrido un buen número de heridas atroces. A veces, cuando venía a casa a cenar, los niños le pedían que les hiciera una lista de los huesos que se había roto. El inventario duraba lo suyo.

—A ver —decía él quitándose sus viejas botas de vaquero—. Bueno. Me he roto los diez dedos de los pies, eso lo sé. —Entonces se quitaba los calcetines llenos de agujeros. Las uñas que le quedaban se veían amarillentas, de ese color a leche sucia que tiene el cuarzo; parecían brotar de la carne, desafiándola—. Algunos dedos me los he roto dos veces, creo. Los dioses descargan su furia donde les place, y a veces te toca a ti.

Ronny cogía a Alex, nuestro hijo, y lo tumbaba de espaldas en el suelo del salón; entonces él se ponía a hacer de toro y a embestir suavemente contra el cuerpecito del niño, haciéndole cosquillas en las costillas, las axilas y los dedos de los pies.

—En Kalispell querían rebanarme los dedos meñiques de los dos pies, pero me escapé del hospital antes de que me pusieran la anestesia. Llamé a una chica con la que andaba entonces para que se quedara esperándome en la calle con el motor en marcha...

»Esta cicatriz de aquí —decía señalándose el pálido tobillo derecho— me la hizo un toro que se llamaba *Ticonderoga*. Se me vino encima y me partió la pierna en dos.

A mis niños les parecía el mejor juego del mundo: ver cuántas piezas de ropa podían conseguir que se quitara Ronny Taylor,

cuántos huesos rotos lograba recordar, cuántas cicatrices repugnantes podían recorrer con sus deditos.

Pero la caída que había sufrido estando borracho había puesto punto final a sus días de rodeo, y a nosotros nos daba mucha pena: había colgado los estudios para trabajar en el rodeo, y no tenía ni estudios ni oficio alguno.

Lee le pagaba los gastos médicos, el apartamento, la comida y la ropa. Eso no tendríamos que haberlo sabido, pero a Rhonda Blake, que trabajaba en la administración del hospital de Eau Claire, la conocíamos de toda la vida, y una noche que estaba en el local de la asociación de veteranos se lo contó todo a Eddy Moffitt, que la vio menear la cabeza con una sonrisa encantadora antes de acercarse a ella, invitarla a una copa y preguntarle qué le pasaba.

—Podrían echarme por hablar —dijo Rhonda—, pero es que una cosa así la gente tendría que saberla. Una buena acción como esta no la había conocido nunca. Podría quedarme sin trabajo, Dios, pero habría valido la pena, la verdad.

Y entonces le contó a Eddy que Ronny no tenía seguro médico. Que las facturas pasaban de los cien mil dólares.

—Un día —continuó Rhonda— nos llega un paquete de Nueva York. Un sobre de una discográfica a la atención de Ronny. Con un maldito cheque por ciento veintitrés mil dólares, vaya que sí. —Bebía la cerveza deprisa con los ojos húmedos—. Qué detalle. Esto no iba a guardármelo para mí sola.

Eddy nos contó la historia una noche, después de un partido de fútbol americano. El equipo del instituto jugaba contra los de Osseo. Ninguno de nuestros hijos tenía edad para ir al instituto, pero cuando vives en un pueblo tan pequeño como Little Wing, en Wisconsin, los partidos de fútbol americano y de baloncesto no te los pierdes. Por hacer algo; al fin y al cabo, son salidas baratas para toda la familia. Nos habíamos quedado bajo la tribuna descubierta; unos compartíamos una bolsa de tabaco de mascar Red Man, otros se pasaban una bolsa de pi-

pas de girasol, y todos escuchábamos a Eddy mientras arriba el gentío lanzaba sus vítores dando pisotones con las botas sobre las gradas de madera y la estructura metálica temblaba dejando escapar partículas de óxido. Nos llovían latas de aluminio y papeles arrugados, envoltorios de perrito caliente. Nos cruzamos de brazos, escupimos y tratamos de imaginar qué aspecto tendría un cheque de cien mil dólares.

Aunque Lee ya era nuestro héroe, aquello no hizo sino intensificar el amor que le profesábamos, agrandar su leyenda. Al día siguiente todos salimos a comprar otros diez discos suyos, aunque ya los teníamos en casa, y por duplicado. Y el dinero de esos discos tenía un valor incalculable, porque muchos andábamos apuradísimos; podíamos haberlo metido en la cartilla de ahorros o haberlo gastado para hacer la compra. Pero daba igual. Los discos se los enviamos a parientes y amigos lejanos o los donamos a bibliotecas y residencias de ancianos.

A Ronny no le llegó jamás una sola factura; los abogados de Lee se encargaron de todos los trámites; Ronny no tendría que preocuparse por nada durante el resto de su vida. Él no daba la impresión de saber que tenía un mecenas, aunque tal vez sí estuviera al corriente de todo. No tengo ni idea. Lo que sí sé es que ni Lee ni Ronny llegaron a mencionar el asunto. Como debía ser, por otra parte. El apartamento de Ronny estaba lleno de pósters de Lee desde mucho antes del accidente y la intervención. La mayoría estaban comidos por el sol y llenos de la grasa del humo que escapaba de la cocina. Adornaban esas destartadas paredes mucho antes de que Lee se hiciera famoso. Ronny siempre había sido el que más lo quería.

Las invitaciones a la boda de Kip eran todo papel y lazos y purpurina. Las llevamos todos del buzón y del coche a casa con un cuidado reverencial, como si contuvieran alguna noticia valiosísima y exquisita. Conocíamos vagamente a la mujer con la que

iba a casarse. Felicia era de Chicago y trabajaba de consultora desde la casa que tenían en las afueras. Sobre qué le consultaban exactamente ninguno lo entendía del todo, aunque Eddy decía que era algo relacionado con las empresas farmacéuticas. Se había dejado caer por el local de la asociación de veteranos con Kip alguna que otra vez, siempre guapísima, maquillaje, peinado y manicura perfectos. La recordábamos por los taconazos, los llevó durante todo el invierno, con las uñas de los pies pintadas de un rojo chillón. Era muy guapa, pero tenía un no sé qué que daba a entender que nuestro pueblo no era para ella más que un lugar provisional, una especie de escala, lo mismo que nosotros. Altos en el camino que dejar atrás algún día, de los que despedirse agitando la mano. Amigos de paso.

Le echamos un vistazo a la invitación; nos sorprendió ver que Lee iba a cantar una canción durante la ceremonia. No había cantado en nuestras bodas. Aunque a todos nos hubiera gustado, a ninguno se le había ocurrido pedirle ese favor. No habíamos contado con que asistiera como artista, sino de amigo, nada más.

Al poco de que llegaran las invitaciones, Lee volvió de Australia tan hecho polvo y derregado como de costumbre. Lo dejamos tranquilo unos días, como siempre, y luego Beth, mi mujer, lo invitó a la granja, a cenar y a pasar un rato al lado de un buen fuego. Siempre se lo veía contento de tocar con los niños y de que en casa no tuviéramos televisión por cable; de que el único televisor en nuestra posesión fuera un modelo antiguo herencia de nuestros padres y más parecido a un mueble gigantesco que a algo capaz de conectarnos al mundo exterior. Teníamos, sin embargo, un tocadiscos relativamente nuevo —colecciono vinilos antiguos—; Lee siempre se ponía colorado cuando, al pasar al lado del aparato, veía uno de sus discos bajo la aguja. Los niños se sabían la letra de todas sus canciones.

Esa noche los niños rompieron a gritar en cuanto vieron los

faros de la vieja camioneta de Lee avanzar por el caminito que subía hacia la casa. Corrían en círculos, galopaban, cantaban entusiasmados sus versos más conocidos.

—¡Vale, vale, vale! —dijo Beth riendo—. Basta. Ahora vais a dejarle un poco de espacio al tío Lee, ¿de acuerdo? Acaba de llegar de Australia, así que no incordiéis demasiado.

Alejándolos de la puerta de entrada, Beth repasó la imagen que le devolvía el espejo, apretó los labios y se peinó rápidamente con los dedos.

Lee apareció en la puerta con un ramo de claveles que, eso era evidente, había comprado a toda prisa en el colmado. Beth cogió las flores y se abrazaron. Los años lo habían dejado muy flaco, y las entradas no le daban tregua, aunque él se dejaba el pelo largo. Tenía barba y los antebrazos sembrados de tatuajes.

—Tío —me dijo con una sonrisa—. Qué bien estar en casa. Os he echado muchísimo de menos.

Lee siempre daba buenos abrazos. Sentí su caja torácica contra la mía y sus largos brazos alrededor de mi cuerpo. Y el olor a tabaco en la barba y el pelo.

—Nosotros también —le dije.

Y los niños se le echaron encima y él se desplomó sobre el suelo fingiendo su derrota. Entré en la cocina con Beth y llevamos la cena a la vieja mesa de comedor, donde las velas ya estaban encendidas. Beth se acercó al tocadiscos, le dio la vuelta al vinilo y dejó la aguja sobre el surco grande del borde.

Oímos a Lee gruñir mientras se acercaba dando tumbos con Eleanore y Alex cogidos cada uno bajo un brazo; meneaba la cabeza.

—Pon otra cosa, ¿vale? Estoy hasta el gorro de mí mismo.

Lo mirábamos comer, engullía; nos alegrábamos de poder alimentarlo. Bebimos vino y escuchamos jazz y de afuera, del otro

lado de la ventana, nos llegaba el ruido de las hojas secas de otoño en las ramas. La nieve no resultaba algo inconcebible.

—Ya he visto que vas a cantar una canción en la boda de Kip —dije al cabo de un rato. Lee se reclinó en la silla y soltó una bocanada de aire.

—Sí —dijo—. Supongo. Un buen día recibí un mensaje suyo. Me quedé tan sorprendido que ni me paré a pensar en la respuesta. Tendría que haberlo hecho, quién sabe.

—¿Y te apetece? —preguntó Beth—. Cantar, quiero decir. Y para Kip, precisamente.

Lee se encogió de hombros.

—A mí Kip me cae bien, ya lo sabes, pero no somos íntimos. A estas alturas, es más un conocido que un amigo. Pero he vuelto para veros a todos y, no sé, para darle mi apoyo. Por los viejos tiempos y eso. Ha hecho cosas buenas. La fábrica de piensos, por ejemplo. Creo que es bueno para el pueblo. Y además, mejor estar aquí que perdido en los secarrales de Australia.

—Oh —dijo Beth apoyando la barbilla en la mano y sonriendo—. No vives tan mal. —Con la otra mano dibujó algo sobre la superficie de la mesa.

—No. Vivo bien. Muy bien. Pero también me siento solo. Me falta gente en la que confiar. Gente que no quiera nada de mí. Eso termina cambiándote, ¿sabes? Y yo no quiero que me cambie. Quiero ser capaz de volver y vivir aquí y ser quien soy, nada más. Con vosotros. —Exhaló con fuerza y le dio un buen trago al vino.

Nosotros lo acompañamos brindando a su salud, y cuando las copas entrecocaron se oyó un repiqueteo sordo. Y siguió el silencio únicamente roto por los pies de los niños columpiándose bajo la mesa y, afuera, el viento en los maizales secos y las ramas de los árboles, y Lee volvió a sonreír y se sirvió otra copa de vino, y advertimos que ya tenía los dientes de color morado y estaba contento.